

El poeta a caballo. La muerte del general Bernardo Reyes: Apropiación y sentido en tres estaciones de la obra de Alfonso Reyes

Por Leonardo Martínez Carrizales

La mañana del 9 de febrero de 1913, frente a la Puerta Mariana del Palacio Nacional, el general Bernardo Reyes cayó abatido por una ráfaga de metralla que los guardianes del recinto habían disparado en contra de un piquete de rebeldes tan escaso como desconcertado. Con ese acontecimiento infausto para el apellido Reyes, los días aciagos que se habían cebado sobre la familia desde el tiempo en que las pasiones de la política habían enfrentado al distinguido ministro de la Guerra con el presidente *imperator* llegaron a su fin. Muerto el general, Alfonso Reyes abandonó el país en agosto con un cargo diplomático modesto y una fantasmal comisión educativa: las últimas prebendas de su nombre. De un momento a otro, Reyes perdió el reino que le estaba deparado. En más de un lugar, asociaría esta pérdida a la figura de su padre yacente sobre la plaza mayor de México. En una hora cercana a la de aquella catástrofe, escribiría: “Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón”. Mucho más tarde, en un pasaje en el que aquella experiencia no sólo se había destilado gracias a los alambiques de la memoria, sino a los de la literatura, encontramos: “Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. *Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día*”. Esta afirmación es el testimonio personal de un hecho que abre el paso a una tesis de índole política; ésta aquí nos interesa menos que el problema específicamente literario que se despliega ante nuestros ojos con este motivo.

El título de estas páginas alude a las palabras con las cuales Alfonso Reyes, hacia el final de su vida, logró reducir la presencia pública y familiar de su padre a una imagen que hizo circular en el terreno de los intercambios simbólicos de una comunidad que, cuando no ha soslayado la figura del distinguido procónsul de Porfirio Díaz, le ha conferido la responsabilidad de una grave falta cometida en la hora misma del ingreso de México en el siglo XX. Con la imagen del poeta a caballo que escribió en una página destinada a la stampa, Reyes saldó cuentas con un legado que pesaba sobre su espalda desde los *días aciagos* de 1913 de modo tal que esa herencia sellaría su destino público y, en buena medida, intervendría en la formulación de su obra.